

Imagina

Atlanta (Georgia)

22 de julio, 20:52

Los ojos del hombre se deslizan por la lápida como si la estuvieran acariciando.

La piedra negra brilla por la incesante llovizna. La sepultura no se limita a un bloque de granito en el que se hayan grabado un nombre, dos fechas y un epitafio, también hay una figura tallada del mismo material, sentada a los pies, que representa a una mujer con el pelo por los hombros y la felicidad por los suelos. Él, que la ha visto llorar tantas veces, considera que no han sabido captar la esencia de su pena. «Debería ser más sutil, como si no pudiera gestionar el dolor, pero tampoco quisiera incomodar a otros con él».

No necesita ser un experto para saber que la sepultura fue cara. Cuando él enterró a sus padres, por ejemplo, apenas pudo permitirse un nicho para su madre. A su padre le cortó los frenos del coche y, tras mandar que lo incineraran, tiró sus restos al primer cubo de basura con el que se cruzó. De todos modos, da igual lo que cobraran por este espacio en el cementerio de Oakland, el dinero dejó de ser un problema para ella después de que ganara la última edición de la historia de *Trickster*.

El hombre viste con un traje negro hecho a medida. Bajo la americana lleva una camisa blanca con los dos primeros botones desabrochados porque siempre ha preferido reservar las corbatas para el dormitorio. Con una mano sujeta un paraguas igual de oscuro que su pelo; con la otra, una flor.

Es roja, su color favorito.

La deja caer sobre la tumba y emite un suspiro, sin saber qué decir. Pese a la muerte que acarrea a sus espaldas, hasta ahora consideraba una estupidez hablar si no podía provocarle nada a su interlocutor.

Mete la mano libre en el bolsillo y acaricia el terciopelo en un intento de reunir las palabras. Tras varios minutos dándole vueltas, lo que dice es esto:

—Me alegra que hayas muerto.

—¿En serio, principito? —pregunta una voz a su espalda—. ¿Me has obligado a traerte al puto cementerio en el que está enterrado para soltar eso?

—Cállate, Bennett. No he terminado —informa, sin volverse. Después, se dirige de nuevo a la lápida—: Me alegra, y no solo porque fueras un cabrón que no se la merecía. Al fin y al cabo, con eso puedo empatizar.

Sonríe y, cuando las comisuras de Asher Hall se alzan, el futuro contiene el aliento porque algo grande está por venir. Bueno o malo, lo mismo da.

—Gracias a tu muerte, Remi ha seguido adelante con su vida. Está bien, mucho mejor que cuando la conocías. Ahora confía en sí misma, como siempre debió hacer, y...

Asher Hall vuelve a suspirar. Elijah Bennett, que ha acabado conociéndolo por mucho que el actor de teatro se lo haya puesto difícil, entiende que necesita un momento a solas y no se molesta en elaborar una excusa.

—Te espero en el coche, principito. No tardes. —Palmea el hombro del otro exconcurante de *Trickster* con una de sus manazas—. Recuerda que tenemos un vuelo que coger.

Una vez que se queda solo, Asher Hall continúa hablando con el padre de Remi Evans:

—Supongo que tengo que darle las gracias a tu enfermedad. De no ser por ella, jamás habría conocido a tu hija. Habría ganado el programa, por descontado, pero también habría perdido lo poco que quedaba de mí mismo justo después.

»Por querer salvarte la vida aunque por suerte no lo consiguiera, tu hija me rompió el corazón. Tardé mucho tiempo en volver a ensamblarlo porque no tenía claro qué forma me convenía darle, ¿más pequeño para que no cupieran las decepciones o más grande para hacerle un hueco al futuro? Me decidí por esto último y empecé a usarlo para algo más que bombear sangre.

»Para eso he venido. Para decirte que, aunque yo tampoco

merezca a Remi Evans, me esforzaré por estar a la altura.

»Es una promesa y una amenaza.

San Francisco (California)

23 de julio, 23:19

El local no está demasiado lleno. Tal vez porque es jueves, tal vez porque el portero solo permite la entrada de quien está en la lista o le suena lo suficiente. En el último caso, se asegura de pedirle una selfi que luego compartirá en sus redes sociales y que, a su vez, utilizará para justificarse a sí mismo mantener ese empleo infrapagado.

Asher y Elijah entran tras hacerse la foto con él.

—Voy hacia el reservado —informa el más alto después de que dejen sus chaquetas en el ropero—. Heather y Grayson deben de estar por ahí. ¿Vienes?

—Claro, hace tiempo que no veo a tu novia. Seguro que está deseando saludarme.

La carcajada de Elijah suena como un ladrido.

—Lo dudo, pero podéis lanzaros puñales, por los viejos tiempos. Y no es mi novia, lo sabes de sobra.

—¿Sigues sin perdonar que arriesgaras tu vida sin motivo aparente? Más allá de tu estupidez, claro.

—En parte —reconoce el cómico—. De todos modos, digo que no es mi novia porque nunca lo ha sido. Simplemente follamos una temporada, igual que follé con Grayson. Sé que no estás familiarizado con el concepto de amistad, pero...

—¿Alguna vez lo hicisteis juntos? —interrumpe el de los ojos verdes.

—¿Te refieres a los tres? Soy un caballero, principito, así que me abstendré de...

—O sea, que no.

—No te echaba de menos, Hall.

El aludido se ríe por lo bajo mientras ascienden por las escaleras que conducen a la zona VIP. Allí hay apenas diez personas, y ni conoce ni tiene interés en conocer a la mayoría de ellas. Ubica a Heather Carter sentada en el centro exacto de un sofá con forma de herradura. A su derecha, solo que vuelto hacia el lado opuesto a la actriz, se recuesta uno de los gemelos con los que comparte protagonismo en la película que rueda actualmente. Heather habla con la mujer de su izquierda. Esta última va enfundada en un vestido de color champán y agita una mano llena de anillos. Asher Hall ha estafado a suficientes millonarias para saber que el valor de esas joyas supera al del establecimiento en el que se encuentran.

Ambas callan cuando Elijah y él se acercan lo suficiente. Heather chasquea la lengua con desagrado al verlo, su amiga, sin

embargo, lo repasa de abajo arriba con una de sus finas cejas arqueadas. Tras el escrutinio, sonríe y sentencia:

—Deberías estar en la cárcel.

—Savannah Price. —El nombre le deja en la lengua el regusto dulzón de un veneno—. Sospecho que t  también.

Araña y mantis se miden hasta que Grayson Lewis entra en escena y se cuela entre ambos, relajando considerablemente el ambiente. El chico de pelo blanco lleva un Dr Pepper en la mano y una sonrisa sincera en los labios. Abraza a Asher con fuerza, dejando implícito que él sí se alegra de verlo.

—Remi está abajo —le informa—. Buena suerte.

Asher da media vuelta dispuesto a buscarla, pero se detiene tras el primer paso cuando escucha la amenaza de Heather a su espalda:

—Si le haces daño, te destruir .

—Me parece justo.



No le cuesta localizarla. Porque es el futuro al que se dirige y porque va vestida de rojo, tal y como Asher sospech  que haría. Lleva un top halter que parece innecesariamente complicado de

quitar, aunque no de romper, y unos pantalones que dejan a la vista sus tobillos de bailarina.

La mujer rubia permanece de espaldas a él, con los codos pegados a la barra y un cóctel a medio consumir olvidado a un lado. La camarera con la que habla parece haberla reconocido. Asher se tensa y, tras mucho esfuerzo, también se contiene. No quiere que le hagan daño, pero tampoco intervenir en batallas que Remi Evans ha demostrado ser perfectamente capaz de librar sin ayuda. Por suerte, la camarera le pide una foto en lugar de explicaciones a través de una sonrisa deja clara su admiración.

Se acerca con las manos en los bolsillos. Sus nervios no se traslucen en su expresión, pero sí en sus latidos. Su corazón se acelera más y más conforme acorta la distancia. Se toma un segundo, solo uno, para respirar hondo. Para reafirmarse. Para temer. Después, da el último paso.

No necesita hablar para que ella sepa que ha llegado. Se supone que es su perfume, aunque a él le gusta pensar que se debe a la inevitabilidad. Hay cosas que tienen que ser, buenas o malas, qué más da, y su relación es una de ellas.

Remi Evans se vuelve a medias, con la sonrisa trepándole por la mejilla como una de esas arañas con las que tantas veces lo ha comparado. Está como siempre y todo lo contrario, porque cuando un momento hace las veces de punto de inflexión tendemos a exagerar los detalles antes de almacenarlos en la memoria. Así que sus ojos son más azules, su piel más nacarada

y su pelo más brillante.

En lugar de decirle que es perfecta, el hombre le tiende la mano y se presenta:

—Mi nombre es Asher Hall. Te he visto aquí sola y me preguntaba si querías bailar.

Ella ríe, asiente y acepta el ofrecimiento. Cuando sus pieles entran en contacto, ambos notan la descarga. Da igual el tiempo que haya pasado y las caricias que se hayan regalado, jamás se acostumbrarán a tocarse porque hubo un momento en el que se convencieron con demasiada insistencia de que eran un error con fecha de caducidad.

Nunca ha sido un hombre delicado, así que cuando Asher Hall atrae a Remi Evans hacia su cuerpo, lo hace de un tirón. Ella entrelaza las manos tras la nuca de él, él las coloca sobre la espalda desnuda de ella, y empiezan a mecerse. Muy despacio, sin apenas moverse del sitio y sin apartar la vista el uno del otro.

La mujer rompe el silencio:

—Esta música no se baila así. Lo sabes, ¿verdad?

—Imagina que es una pieza para piano.

La sonrisa de Remi se ensancha.

—De acuerdo. ¿Qué más tengo que imaginar? ¿Que estamos solos?

—No hace falta. Nunca lo hemos estado y tampoco lo hemos

necesitado para conocernos. —Asher agacha la cabeza le susurra al oído—: Ni para arrancarnos secretos.

—Hace tiempo que no me importa que miren —reconoce Remi.

—Ni a mí que no lo hagan. Así que imagínanos a los dos con independencia del resto.

—¿Dónde?

—Aquí está bien, en el local al que vine a buscarte hace justo un año.

—Me cuesta asimilar todo lo que ha pasado desde entonces. Lo del otro *reality* y lo de...

—Lo sé —la interrumpe él—. Imaginemos que todo eso no sucedió. O que lo hizo y tuvo un final más amable.

Remi apoya la cabeza contra el pecho de Asher mientras siguen meciéndose al ritmo de una música que nadie a excepción de ellos es capaz de oír.

—Imagina una gran declaración de amor —prosigue él.

—Me niego a imaginar eso. Esfuérzate.

La risa del hombre reverbera en su mejilla.

—No se me da bien.

—Mentiroso.

Un suspiro y una sonrisa burlona después, Asher Hall

claudica y se abre en canal:

—Te quiero, Remi Evans. A pesar de todo o precisamente por ello. Aunque a veces duela y siempre dé miedo. Te quiero por quién eres y por quién me haces desear ser. Te quiero por tus defectos que también son virtudes, te cueste más o menos verlo. Te quiero egoísta, inteligente y retorcida. Te quiero cuando te antepones, por muy excepcional que esto sea, y también cuando te esfuerzas en ser buena persona, por mucho que siga considerando que el resto no lo merecemos.

En el silencio que sigue, la camisa de él se humedece por las lágrimas de ella. Un año después de reencontrarse sigue haciéndola llorar. La diferencia es abismal, sin embargo, porque ya no llora por pena o frustración, sino todo lo contrario.

Y porque él no se marcha de su lado.

Un minuto después, Asher Hall pregunta:

—¿Te vale con eso?

Y Remi Evans responde:

—Sí.

Entonces, él se detiene y la empuja por los hombros con delicadeza. La aleja lo justo para que sus cuerpos no se toquen y puedan mirarse a la cara. Los ojos de Remi siguen siendo igual de fáciles de leer que antes, así que Asher detecta sin problemas su confusión.

Mete una mano en el bolsillo hasta que da con la pequeña caja. Cuadrada, de terciopelo.

El corazón de él coge carrerilla cuando la saca y la deja sobre su palma abierta. No la abre y tampoco se la da directamente. La ofrece y espera.

El corazón de ella se da tanto de sí que se aplasta contra su caja torácica, provocándole una sensación de asfixia. No duda, tan solo tarda en asimilar. Y paladea.

—Asher...

Cuando un momento hace las veces de punto de inflexión tendemos a exagerar los detalles antes de almacenarlos en la memoria. Así que cuando Remi coge la caja y la abre, el rubí engarzado en el anillo le parece todavía más grande y brillante.

Termina con él diciendo:

—El rojo es para los comienzos.